

Avance online de artículo en prensa

CAMBIO DE GUARDIA

Tren a ningún destino

Train to nowhere

Jesús Antonio Zamora Menchaca

A mis cincuenta y seis años, el silencio es un lujo que se paga caro, una mercancía inexistente en mi día a día. Soy médico especialista en atención prehospitalaria y de urgencias en Monterrey, México. Mi vida entera, desde hace casi tres décadas, se mide en el estruendo metálico de las sirenas, el *bit* rítmico y angustiante de los monitores de signos vitales, las órdenes gritadas en los pasillos de trauma y el parpadeo furioso de las luces rojas de la ambulancia abriéndose paso en la madrugada. El dolor ajeno no sabe hablar bajito; devora el aire y exige una presencia absoluta. Por eso, cuando mi compadre Rodolfo, en un respiro de su congreso médico en Londres, me extendió un mapa y me dijo con complicidad de hermano: «Piérdete, te hará bien», decidí subirme a un tren con rumbo a Dover. Necesitaba una pequeña aventura.

Al sentarme junto a la ventana, la ausencia de urgencia me golpeó con la fuerza de un impacto. Por primera vez en 30 años no le servía a nadie. No tenía un radiotransmisor pegado al hombro, no cargaba con el peso de la vida de un desconocido en mis manos ni tenía que llegar rápido. No tenía que salvar; solo tenía que mirar. Al principio, esa inacción me resultó casi insostenible. Las manos me sudaban, incómodas con su propia inutilidad, extrañando la textura de los guantes de látex y el peso del estetoscopio en el cuello. El vacío de la mente asusta a quien está entrenado para reaccionar en milisegundos; cuando te quitan el caos de la sala de urgencias, te queda el abismo de ti mismo. Tuve que esconder las manos en los bolsillos de mi abrigo como si estar en calma, en un miércoles por la mañana, fuera un delito.

Arrullado por el vaivén del metal, me venció un sueño ligero. Desperté desorientado en la estación de Ashford y guiado por la prisa residual de mi profesión, subí apresuradamente al tren de la vía contigua. Error. Minutos después, al notar que el sol me pegaba en la nuca y que los campos verdes de Kent se transformaban en monótonas hileras de casas de ladrillo oscuro, mi instinto me alertó. El mapa digital de mi celular arrojó un nombre desconocido: Ramsgate. Bajé en el primer andén. Estaba completamente solo bajo un cielo plomizo, con mi cara de turista mexicano que no sabía

si reír ante lo absurdo o sentarse a llorar de pura impotencia. La soledad en tu propia tierra es manejable, pero en otro idioma levanta murallas altas que te reducen.

Y entonces ocurrió el milagro cotidiano. Apareció una mujer de avanzada edad, cabello blanco y sonrisa fácil, vestida con un abrigo verde seco y paseando a un perro beagle. Al ver mi evidente desconcierto y el boleto naranja de cartón que yo estrujaba de forma infantil en mi mano derecha, se detuvo. Sin preguntas invasivas, pronunció con una musicalidad inglesa perfecta: «Dover?». Asentí tímidamente. Ella consultó la aplicación de trenes en su teléfono y señaló el puente hacia el andén opuesto. «*You look rather lost for Dover, dear... pop over the lines and wait there, love*» me dijo con una calidez que cortó el frío invernal.

Love. Me llamó «amor» sin conocerme. A mí, un hombre maduro con ojeras crónicas y el ceño endurecido por las tragedias del hospital. En las salas de trauma de Monterrey nadie me habla con esa ternura desinteresada; me llaman «doctor» o «jefe», exigiéndome una fortaleza infalible mientras me rompo por dentro ante un paciente que se queda en el camino. Que una desconocida en el fin del mundo me llamara *love* fue un bálsamo inesperado para un alma cansada. En ese instante, su perro dejó un rastro de saliva en mi zapato. Antes de que pudiera evitarlo, la mujer sacó una toallita de su bolso, se agachó con naturalidad y me limpió el calzado.

Yo, que me he pasado la mitad de la vida agachado en el asfalto de las avenidas, bajo la lluvia o el calor extremo, limpiando la sangre y el miedo de las víctimas de accidentes, me quedé completamente paralizado. El mundo se detuvo. No supe cómo reaccionar cuando los roles se invirtieron, las jerarquías se borraron y fue alguien más quien se agachó en un andén solitario a limpiarme a mí. Con la voz quebrada alcancé a articular un tímido agradecimiento. Ella sonrió suavemente y antes de reanudar su marcha, sentenció: «*You're alright, love. We all get lost sometimes*». Todos nos perdemos a veces. En la sencillez de esa frase encontré la absolución que no sabía que estaba buscando.

Rehice el camino hacia Dover con una paz desconocida. Llegué tarde, pasadas las seis de la tarde, cuando

Filiación de los autores: EMME Emergencias Médicas, México.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Autor para correspondencia: Jesús Antonio Zamora Menchaca. EMME Emergencias Médicas. Calz. Mauricio Fernández Garza 504a, Fuentes del Valle, 66224 San Pedro Garza García, N.L. México.

Correo electrónico: doczam99@gmail.com

Información del artículo: Recibido: 7-8-2026. Aceptado: 26-8-2026. Online: 4-9-2026.

Editor responsable: Sebastián Matos Castro.

DOI: xxxx

Avance online de artículo en prensa

el invierno ya había bajado la cortina del día y los accesos a los majestuosos acantilados blancos estaban cerrados. No me importó. No sentí la frustración del turista. Caminé despacio hacia el puerto comercial, guiado por el olor a salitre. A lo lejos, un enorme ferry maniobraba en la bruma. De pronto, la embarcación lanzó un pitido largo y colosal. El bramido metálico me entró directo por el centro del pecho, una vibración física que sacudió mis costillas y me obligó a respirar hondo. Mi propio corazón seguía latiendo fuera del hospital, lejos de las alarmas médicas. El eco parecía gritarme desde el agua: «¡estás vivo, vive!». Inesperadamente, la brisa marina se me metió en los ojos y me volví agua por un rato...

Para un médico urgenciólogo acostumbrado al ruido ensordecedor de las emergencias, la soledad frente al canal de la Mancha no era un vacío, sino una medicina necesaria para desintoxicar los sentidos y vaciar la cabeza de los fantasmas que inevitablemente arrastramos en la ambulancia y en el alma. En el tren de vuelta a Londres, contemplando mi reflejo cansado en el cristal húmedo, guardé las verdaderas fotografías del viaje: aquellas que no se almacenan en una tarjeta de memoria, sino en la piel. Entendí que, aunque te pases la vida entera intentando curar a los demás, a veces el verdadero milagro consiste en sentarse en un andén, aceptar que no lo sabes todo, que no puedes salvarlo todo y descubrir qué hermoso y bendito alivio es ese.